

## EL ENANO SALTARÍN

# El viajero pelirrojo

Siguiendo la trocha que baja hacia el valle y que pasa por delante de mi casa, se llega a un replano en el que bulle un riachuelo con más ruido que nueces. Un poco más abajo las aguas reposan de su carrera en un remanso de piedras, formando una honda balsa semicircular. El sábado me acerqué hasta ese oculto lugar, un paraje secreto al que suelo ir al inicio de cada estación como en un rito de salutación. Aunque haga frío suelo quitarme las botas, me siento en una piedra redondeada, gris, con forma de pato y meto los pies en el agua. Suelo pasarme un buen rato así, sentado y chapoteando, sin pensar en nada y mirando como las nubes andan por allá arriba haciendo, también, el vago como yo por aquí abajo.

Hace unos días estaba tumbado en la hierba, junto al remanso, cuando apareció por el senderillo un niño vestido con uno de esos horribles trajes de deporte que todos llevan ahora y con una mochila a la espalda. Tendría 11 o 12 años, delgado y espigado, con el pelo rojizo y la cara punteada de pecas. Tenía un aire divertido que su expresión contradecía: ausente, serio y abstraído.



IRENE BORDOY.

No me vió. Se sentó en un saliente, a la sombra de un sauce que ya amarillea, abrió la mochila y sacó un libro. No exagero si digo que se pasó más de dos horas leyendo sin

levantar la vista y sin cambiar de posición. Pasaba las páginas con un gesto rápido, los párpados entrecerrados y alzando el rostro como si no quisiera perder una décima de segundo. Lentamente le iba cayendo la barbilla y, antes de cerrarla maquinalmente, se le ponía una magnífica cara de asombro. Cuando hubo acabado de leer la última página del libro, quedó con él en las manos mirando la portada fijamente. Y solo entonces, ya casi oscurecía, pareció darse cuenta de donde

estaba. Y lo miró todo con detenimiento pero con un interés distante, como si volviera a casa con la plácida desgana del viajero felizmente agotado. No quise turbar su aislamiento, a pesar de que tenía una gran curiosidad por hablarle, por preguntarle en qué

lejano lugar había estado, qué sueño había cumplido, el título del libro, sus impresiones acerca de él... Pero no me atrevía: en sus ojos todavía brillaban el asombro y la nostalgia del lector fulminado por la emoción cuando vuelve al mundo. Sin ponerme las botas para no hacer ruido me marché camino arriba. Aún me duelen los pies.

*El Enano Saltarín*